Los nosotros en la Transición: memoria e identidad en las cuatro principales culturas políticas del País Vasco (1975-1980)

Eider Landaberea Abad

Edición electrónica

URL: <http://journals.openedition.org/bhce/914>

DOI: 10.4000/bhce.914

ISSN: 1968-3723

Editor

Presses Universitaires de Provence

Edición impresa

Fecha de publicación: 1 diciembre 2016

Paginación: 279-284

ISSN: 0987-4135

Referencia electrónica

Eider Landaberea Abad, « Los nosotros en la Transición: memoria e identidad en las cuatro principales culturas políticas del País Vasco (1975-1980) », *Bulletin d'Histoire Contemporaine de l'Espagne* [En línea], 50 | 2016, Publicado el 09 octubre 2018, consultado el 24 septiembre 2020. URL : <http://journals.openedition.org/bhce/914> ; DOI : <https://doi.org/10.4000/bhce.914>

fallait s'adapter à une situation nouvelle, où l'information quotidienne, le pragmatisme et l'oubli d'une division entre vainqueurs et vaincus devenaient essentiels pour les Espagnols. La revue s'éteint finalement à la veille de la Loi pour la Réforme politique instaurée par le gouvernement Suárez. Néanmoins, *Hermano Lobo* reste aujourd'hui un témoignage de ce qu'a pu être le combat de la presse à la fin de la dictature franquiste ainsi que le symbole d'une opposition muselée. Elle représente le refuge idéologique de ceux qui réclamaient une liberté d'expression, le théâtre dans lequel les revendications étaient exprimées à demi-mot, dans la limite autorisée.

Avec des auteurs de talent comme Manuel Vicent et Francisco Umbral, et des humoristes graphiques comme Manuel Summers, Chumy Chúmez ou El Perich, *Hermano Lobo* a ainsi pour objectif de dénoncer la dictature. Pour cela, elle choisit de baser son discours sur la démonstration, l'enseignement et la réitération, dans une optique pédagogique. Elle veille à (ré)inculquer aux citoyens un intérêt pour la situation politique de leur pays. En insérant un vocabulaire démocratique elle lutte en faveur d'une rupture à laquelle elle n'assistera finalement pas. Grâce à ces codes langagiers mis en place, les journalistes montrent alors que l'immobilisme de la dictature ne correspond plus à une société en pleine mutation. Les talents de Vicent, Umbral et Vázquez Montalbán qui envisagent trois stratégies différentes, vont s'avérer complémentaires. La conjugaison de la pédagogie à tout prix (Vicent), de l'ironie de la fable (le personnage de Maripi, pour Umbral) et d'une hésitation entre le scepticisme et la fiction (le personnage d'Encarna chez Vázquez Montalbán) concourent à l'émergence d'un discours public.

Hermano Lobo reste l'incarnation d'un projet qui a rassemblé des journalistes, des dessinateurs et des intellectuels dont

l'inspiration et le talent ont permis de faire rire les lecteurs et d'observer la situation de l'Espagne avec un détachement souvent teinté d'amertume, en attendant l'arrivée de la démocratie. Il ne fait aucun doute qu'*Hermano Lobo* a contribué à l'apparition d'une préoccupation civique sinon à la constitution d'une opinion publique.

Los nosotros en la Transición: memoria e identidad en las cuatro principales culturas políticas del País Vasco (1975-1980)¹

Eider LANDABEREA ABAD

La sociedad vasca del siglo XXI, plural y diversa en cuanto a sentimientos de pertenencia, ha sido el punto de partida de esta tesis doctoral, que ha tenido como objeto de análisis las memorias de las cuatro culturas políticas más representativas de escenario vasco durante la Transición, es decir, el nacionalismo histórico (representado por *Euzko Alderdi Jeltzalea*-Partido Nacionalista Vasco), la izquierda estatal (representada por el Partido Socialista de Euskadi-Partido Socialista Obrero Español), el centro derecha español (representado por Unión de Centro Democrático) y la izquierda

¹ Tesis doctoral defendida el 13 de diciembre de 2013 en la Facultad de Ciencias Sociales y Humanas de la Universidad de Deusto en el campus de Donostia-San Sebastián. Directores: Elena Barrera Osoro y José Antonio Rodríguez Ranz. Tribunal: Presidente: José Luis de la Granja Sainz (Universidad del País Vasco). Secretaria: Leyre Arrieta Alberdi (Universidad de Deusto). Vocales: Santiago de Pablo Contreras (Universidad del País Vasco), Josu Chueca Intxusta (Universidad del País Vasco) y Santiago Larrazabal Basañez (Universidad de Deusto).

abertzale (representada por las coaliciones *Euskadiko Ezkerra* y *Herri Batasuna*). Cuatro culturas políticas que siguen siendo, en esencia, las principales tendencias políticas representadas en el Parlamento Vasco de hoy.

No constituye ninguna novedad el afirmar que la memoria es un factor decisivo en la configuración, transmisión y socialización de la identidad nacional de un colectivo. La imposibilidad de encontrar una única visión e interpretación del pasado compartida por toda la sociedad esconde, tras sí, distintas maneras de mirar al ayer y las distintas y variadas miradas al ayer están en el origen de la configuración de los distintos sentimientos de pertenencia, de las distintas identidades nacionales. Esta tesis doctoral ha querido identificar los referentes identitarios clave de las cuatro principales culturas políticas del País Vasco durante la Transición y explicar las razones de su referencialidad en ese contexto concreto, al entender que las distintas opciones políticas también se diferencian por mirar y construir de forma diferente el pasado y que con su acción política colaboran activamente en la configuración y difusión de una memoria colectiva determinada, que recoge, en definitiva, una manera de definir y entender el «nosotros»; una manera de definir y construir la identidad. Además, huelga decir que los partidos políticos son actores importantes en un sistema de democracia representativa y fueron, sin duda, actores especialmente significativos en el nuevo escenario democrático que se fue construyendo tras la muerte del dictador. En ese nuevo escenario los partidos diseñaron unas estrategias y unos discursos que dan cuenta de sus necesidades presentes, de sus proyectos de futuro (expectativa) y de sus relatos del pasado (memoria). Todos sintieron la necesidad de definirse ante la nueva etapa política; todos necesitaron encontrar «su» sitio; todos elaboraron relatos que articulaban, de manera más

o menos explícita, «su» identidad; y todos quisieron difundir, oficializar o institucionalizar «su» relato, «su» memoria, con la intención de ampliar el círculo que acepta, legitima, incorpora y se identifica con «su» narrativa; cuestión ésta no poco importante en un sistema de democracia representativa.

La elección de la Transición como periodo en el que estudiar estos procesos no es casual y trasciende al hecho de que el periodo resulte interesante en sí mismo. Las aperturas políticas, al habilitar un nuevo espacio público, facilitan la manifestación de memorias y relatos silenciados o censurados hasta entonces y posibilitan también el nacimiento de nuevas narrativas. Son momentos de cambio, de fundación o refundación de un nuevo Estado democrático, en los que se ponen sobre la mesa cuestiones tan importantes como la forma de gobierno, el entramado institucional o la propia organización territorial del nuevo Estado. Y en esos debates y en la toma de decisiones afloran distintos proyectos de futuro que contienen, de forma más o menos explícita, lecturas plurales del pasado. En consecuencia, en esta investigación, la Transición no nos ha interesado tanto como el recorrido de un régimen dictatorial hacia otro democrático sino como el tránsito desde una única memoria oficial y hegemónica, que copó el espacio público durante casi cuarenta años, hacia la emergencia de memorias plurales y diversas.

La Transición en el País Vasco, su institucionalización contemporánea, aunque ligada o incluso subordinada a la del Estado, tuvo, además, problemas, exigencias propias o particulares. El País Vasco es uno de los lugares en los que, a pesar de cuarenta años de dictadura, se mantuvo un fuerte sentimiento de pertenencia a una comunidad nacional diferenciada. Y en estos lugares, el tránsito de una única memoria hegemónica y oficial, que copó el espacio público en

la dictadura, hacia la emergencia de una pluralidad de memorias en los inicios de la Transición, se ve ampliada al asomar también memorias y relatos del pasado referentes a la constitución de esa misma comunidad (aunque ciertamente la defensa de una identidad colectiva determinada no fuera el *leit motiv* de todos los partidos políticos del escenario vasco durante la Transición). Resulta también particular el sistema o subsistema de partidos políticos vasco, caracterizado por la heterogeneidad ideológica y por contar con varias líneas de fractura, como la ya clásica entre izquierda y derecha, a la que se añade la línea de tensión entre partidos nacionalistas/*abertzales* y estatistas/españolistas (sin olvidar la existencia de partidos «históricos» constituidos a finales del siglo XIX y partidos nacidos en el propio período objeto de estudio). Un modelo definido como «pluralismo polarizado», en el que estas líneas de fractura, lejos de constituir compartimentos estancos, presentan puntos de aproximación o distanciamiento que hacen que el sistema o subsistema de partidos vasco sea calificado por muchos autores como «multidimensional». Las distintas maneras de mirar al pasado, las diversas razones de hacerlo y los variados referentes seleccionados complican y diversifican, más si cabe, el diagrama, los ejes y esa «multidimensionalidad» que caracteriza al sistema de partidos vascos porque las distintas maneras de mirar al ayer no coinciden, necesariamente, con los ejes clásicos. Es decir, la introducción de la/s memoria/s en ese esquema, hace que los puntos de aproximación o distanciamiento en los ejes clásicos del diagrama se modifiquen. Y este es el resultado:

Las siglas políticas que compusieron el eje nacionalista/*abertzale* del diagrama político vasco en la Transición, es decir, EAJ-PNV (1895) y las coaliciones EE (1977) y HB (1978) muestran puntos de aproximación claros en la construcción de

un relato constitutivo de una comunidad, la vasca, que es sujeto y objeto de su narración. Compartieron una concepción clásica de «pueblo vasco», definido como aquél asentado en los territorios de Araba/Álava, Bizkaia, Gipuzkoa, Navarra, Zuberoa y Laburdi, con una lengua propia (el euskara), sujeto de unos derechos, de una soberanía, que, según su relato, fue arrebatada de forma unilateral y por la fuerza, y reclamada (desde entonces) en diferentes contextos. «Somos pueblo vasco» fue la definición del «nosotros» común a las tres formaciones. Sin embargo, los referentes seleccionados a partir de los cuales armar los relatos que contienen sus respectivas definiciones del «nosotros» fueron distintos, como distintos fueron, en definitiva, sus orígenes, sus proyectos políticos y sus necesidades de aquel presente. Y eso hizo que ese «somos pueblo vasco», definición constante (propia) en EAJ-PNV, fuera matizado hacia un «somos *abertzales*» de HB o el «somos clase obrera vasca» de EE.

«Somos pueblo vasco» fue, por tanto, la respuesta que EAJ-PNV ofreció a la pregunta de «¿quiénes somos?». El pasado foral fue el referente elegido y recreado por EAJ-PNV para justificar la existencia del pueblo vasco, que en el pasado se dotó de unas normas de organización, de unos derechos, que para los *jeltzales*, son lo que otorgan carta de naturaleza a la comunidad, los que hacen que, en definitiva, exista tal comunidad. Unos derechos que, según este relato, fueron arrebatados por la fuerza y de forma unilateral, y que en un nuevo contexto democrático procedía reclamar. La foralidad permitió a EAJ-PNV afirmar que «somos porque fuimos y queremos seguir siendo», es decir, posibilitó el engarce entre pasado, presente y futuro dotando a su relato de una «continuidad», que sirvió al Partido Nacionalista para legitimar, en 1977, su propia existencia y su proyecto político al que aspiraba desde su fundación en 1895 (el lema elegido

para concurrir a las primeras elecciones generales de junio de 1977, «seguiremos donde *siempre* hemos estado», resulta indicativo al respecto). Y a eso dedicó EAJ-PNV una parte importante de su actividad política en el periodo constituyente: a preservar esta/su idea de comunidad vasca (que responde en muchos aspectos a una lógica premoderna), y a encajarla en el nuevo Estado democrático. En este sentido, además de servir para argumentar la idea de «soberanía originaria», la foralidad permitió a EAJ-PNV justificar tanto la formación de un ente político único entre las distintas comunidades forales vascas (sin que ello supusiera merma alguna de sus particularidades), como justificar la coexistencia de la comunidad vasca con el resto de pueblos del Estado. Y esto fue posible al recrear y traer al presente «el pacto con la Corona del tiempo foral».

Tanto la Constitución que recoge el «respeto» y «amparo» de los derechos históricos (concepto introducido por los *jeltzales* en los debates constitucionales), como el Estatuto de Autonomía de Gernika, fueron concebidos como «instrumentos» necesarios para encajar y preservar «su» idea de comunidad vasca. Y aunque se alejaran de sus aspiraciones más absolutas, ambos textos sirvieron a EAJ-PNV para institucionalizar «su» idea de «pueblo vasco» (su «nosotros»), que a partir de 1979, además de «ser», «estaba»; y estaba, además, refrendada en el presente (1979) por los ciudadanos vascos.

HB, aunque mantuvo en su discurso la reivindicación de *Independenzia eta Sozialismoa* (Independencia y Socialismo), propio de la izquierda *abertzale* (nuevo espacio político constituido en los últimos años del franquismo y primeros momentos de la Transición), definió su «nosotros» en clave patriótica. Coincidió con EAJ-PNV en elementos definitorios de la comunidad vasca como la territorialidad, el euskera o la idea de soberanía «arrebataada», por

ejemplo. Sin embargo, el referente elegido para definir su «nosotros» fue distinto. El Reino de Navarra y no el pasado foral fue el elegido por HB. La consecución de un Estado-Nación vasco, objetivo último de la coalición *abertzale* desde su nacimiento en 1978, que se opuso de manera frontal a cualquier decisión que no contemplara, de hecho, este objetivo, venía justificado por la existencia de un «antecedente histórico», el Reino de Navarra, que fue recreado, interpretado y hecho significativo, por HB, en clave nacional y estatal. El Reino de Navarra, la territorialidad, la lengua propia, el antiespañolismo y la idea de lucha secular del pueblo vasco en pro de sus derechos arrebatados, que la coalición *abertzale* interpreta como constante y continuada desde el siglo XI hasta el siglo XX, y de la que ETA no sería más que la heredera y seguidora, fueron los elementos referenciales con los que HB articuló su definición del «nosotros». Una definición que fue reduciéndose paulatinamente del «somos pueblo vasco» al «somos *abertzales*», al entender que el resto de siglas políticas del eje nacionalista traicionaron esa lucha con su apoyo al Estatuto de Autonomía.

La mirada al ayer protagonizada por EE radicó en explicar y justificar el nacimiento y la existencia de «su» espacio político, de su «nosotros» más particular que adquiriría sentido por la, a su juicio, incapacidad demostrada por el nacionalismo histórico de integrar las reivindicaciones de los trabajadores vascos en su discurso y por la incapacidad del socialismo de hacer suyas las reivindicaciones nacionales del pueblo vasco. Aunque según la memoria de EE, socialismo y nacionalismo dejaron de ser enemigos a partir de la Guerra Civil, la lucha nacional y la lucha social seguían sin aunarse, y no sería hasta el nacimiento de ETA en 1959 cuando ambas luchas se convirtieran en una sola. La asunción por parte de la clase obrera vasca de la cuestión

nacional, es considerada por la coalición como un hecho relevante y trascendental en la historia del pueblo vasco y la que explica el nacimiento de ETA y de la propia izquierda *abertzale*. El «somos clase obrera vasca» constituyó el «nosotros» para EE. Un «nosotros» definido en clave marxista. Esta es la aportación más destacada, distintiva y el referente más estable del viaje que la coalición emprendió, ya en el periodo constituyente, desde posiciones revolucionarias e independentistas hacia el posibilismo y la autonomía.

Las siglas políticas que compusieron el eje estatalista/españolista del diagrama político vasco en la Transición, es decir, PSE-PSOE (1879) y UCD (1977), tuvieron en común el punto de llegada: el Estado de las autonomías. Sin embargo, el camino recorrido para llegar a esa meta fue muy distinto, como distintos fueron los respectivos puntos de partida, sus proyectos políticos de futuro, sus necesidades de aquel presente, o los referentes seleccionados para definir sus respectivos «nosotros».

El Estado de las autonomías no era para UCD, sino la versión moderna, la adecuación al nuevo contexto democrático, de los fueros. La foralidad constituyó para los centristas vascos y navarros, al igual que para EAJ-PNV, el referente donde anclar su definición del «nosotros». Sin embargo, la foralidad fue recreada y traída al presente por los centristas como parte esencial de la comunidad española, de la identidad española, y por ende, de la vasca, y/o de la navarra (y es que los centristas navarros utilizaron la foralidad, la ley paccionada de 1841, para defender la vía particular de Navarra y evitar que esta formara un único ente político junto a los territorios de Araba/Álava, Bizkaia y Gipuzkoa). La foralidad fue recreada por los centristas vascos y navarros como una particular forma de ser español: «somos vascos, somos navarros y por eso somos españoles» fue su definición del «nosotros». Con esta visión y con su

acción política, los centristas vascos y navarros coadyuvaron activamente a la concepción del nuevo Estado democrático como una «España plural», que quedó recogida tanto en el texto constitucional como en el estatutario, que UCD apoyó y entendió siempre como «meta».

La mirada al ayer del PSE-PSOE no tuvo como objetivo principal la justificación de la existencia de una comunidad nacional determinada. Su mirada al pasado estuvo más motivada por la necesidad de unir, tras cuarenta años de dictadura, a las distintas generaciones del partido. Dicha unión fue posible a partir de una memoria que vinculó la lucha por las libertades y por los derechos de la clase trabajadora protagonizada por la generación de los años treinta con la lucha protagonizada durante el franquismo por la generación nacida en la posguerra. Así se dio continuidad al proyecto político que nació en 1879.

Durante el periodo constituyente, el PSE-PSOE definió de dos maneras distintas su «nosotros». «Somos pueblo vasco» fue la definición que los socialistas vascos dieron en los primeros momentos de la Transición. La identificación de la reivindicación nacional con la idea misma del antifranquismo, las nuevas ideas que a nivel internacional habían venido cobrando fuerza en la izquierda de los años sesenta como el antimperialismo, el derecho de autodeterminación o la libertad de los pueblos, y la apuesta que el PSOE hizo en su XXVII Congreso por el federalismo y el reconocimiento de los derechos de las nacionalidades y regiones del Estado español, facilitaron esta definición y la actividad política llevada a cabo por los socialistas vascos en pro de la autonomía en estrecha colaboración con EAJ-PNV. Sin embargo, a partir de la aprobación del texto constitucional y del estatutario, el PSE-PSOE, sin renunciar a su vasquismo y sin renunciar a conseguir la síntesis entre identidad nacional e identidad de clase,

reforzó esta última en aras a encontrar un espacio político propio en el escenario vasco (proceso paralelo al llevado a cabo por el PSOE, que arrinconó el federalismo y relegó el derecho de autodeterminación al ámbito exclusivo del derecho internacional). A partir de 1979, el «somos pueblo vasco» ya quedó institucionalizado en el texto estatutario, meta de las aspiraciones autonómicas del PSE-PSOE, y el «somos clase trabajadora», propio y característico del Partido Socialista desde su nacimiento, se revitalizó como medio de encontrar un espacio propio en el escenario vasco.

Las dos siglas políticas más representativas del eje del centro derecha, es decir, EAJ-PNV y UCD, eligieron el pasado foral como referente donde anclar sus relatos identitarios. Pero, como hemos visto, la memoria de ese pasado foral, su recreación, fue desigual para los dos partidos que en el periodo constituyente miraron al ayer desde necesidades presentes diferentes y con proyectos de futuro distintos. Ocurre lo mismo con las siglas más representativas del eje de izquierda, es decir, las coaliciones de la izquierda *abertzale* EE y HB, y PSE-PSOE, que tuvieron en común el intento de conseguir la síntesis entre la identidad de clase y la identidad nacional. Sin embargo, y como hemos visto, la interiorización de esta síntesis tuvo un éxito y calado muy dispar en las formaciones políticas representativas de este espacio político durante el periodo objeto de estudio; una disparidad visible

en la manera en la que estas entendieron y definieron «sus» respectivos «nosotros».

Las distintas miradas al ayer, las distintas memorias formaron parte del escenario de lucha por el poder, por la legitimidad y el reconocimiento durante el periodo objeto de estudio. Las memorias ocuparon, sin duda, un lugar nada desdeñable en la estrategia de las cuatro principales culturas políticas del escenario vasco durante la Transición. EAJ-PNV, PSE-PSOE, UCD, EE y HB miraron al pasado ya para reivindicar un espacio propio, ya para la defensa de una identidad colectiva determinada, ya como fundamento del proyecto político al que aspiraban, o para todo a la vez.

Esta tesis doctoral titulada espera, desde el análisis histórico, contribuir a explicar las distintas maneras y razones por las que se van creando diferentes memorias, distintos recuerdos del pasado (en este caso en lo referente a la definición identitaria), y las formas en las que estas memorias van cambiando y se van adaptando a las circunstancias de cada momento para evidenciar, precisamente, la diversidad de las memorias y sus recorridos plurales y fluctuantes; lejos de esencias, verdades absolutas y realidades inmutables, porque más allá de justificaciones interesadas, estos procesos deben ser, sobre todo, explicados. Y espera, también, ser un granito de arena más que vaya completando el panorama historiográfico vasco de la Transición.